



***Liliana Bellone***

*Dos cuentos*

### **TRÍPTICO DEL ARTE**

HOY, doce de abril del Año del Señor de 1844, cuando comienzo a escribir estas memorias movido por vaya a saber qué espíritu, dejo constancia de que todos los hechos extraordinarios que narraré son fidedignos y que hay muchos testigos dellos. Mi padre fue protagonista del primero que aconteció en el año del Señor de 1795, en una época en que llegaban aciagas noticias de Europa contando la muerte sangrienta de los infelices Reyes de Francia, depuestos y humillados y a quienes ajusticiaron con la salvaje máquina atribuida a Guillotin.

Además, en esos días hubo terribles temblores que presagiaban que podía ocurrir lo mismo que en 1692, o sea cien años antes, cuando se hundieron poblaciones del valle de Ciancas y de Salta, en especial la ciudad de Nuestra Señora de Talavera de Esteco. Pero a causa del aire sereno del otoño en estas provincias, después de tantas guerras y sangre vertida por la independencia de la patria, ahora gobernada por un caudillo de Buenos Aires, el Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, no puedo menos que sentirme aliviado, rodeado por los altos cerros del valle y arrullado por el rumor de las hojas que el otoño se lleva. Atardece y el cerro San Bernardo está gris y cubierto por las nubes y yo debo desenrollar mis recuerdos para hacer presentes los hechos que ocurrieron aquel lejano día del mencionado año de 1795, cuando mi padre junto a otros señores importantes de la ciudad presenciaron el acontecimiento.

El Artista había mostrado a Su Eminencia Reverendísima, el Señor Obispo, el diseño que traía en unos inmensos pergaminos. Se trataba de imponer un vestuario adecuado y lujoso a la bellísima imagen de la Inmaculada Concepción, tallada en madera, traída de España, con su corona de doce estrellas, y la clásica medialuna a sus pies, los cuales pies trituran al dragón soberbio. El busto era de una lindeza extrema, mostraba

los rasgos afinados y puros del arte religioso español, pero no podía ser ataviado con las galas y joyas con que las señoras principales de Salta querían vestirlo: oro, púrpura, plata, piedras preciosas engarzadas en el raso y en la seda, primorosamente bordadas, pues su cuerpo y articulaciones eran rígidos. Entonces Su Excelencia Monseñor Obispo, tuvo que acceder a los requerimientos de las ilustres damas, entre las que figuraban mi abuela y mi madre, descendientes de aquellos Morán de la Serda, Velásquez, de la Xara, del Sueldo Foronda de Çarate, Bermeo, Artaza, Mexía, Arias Velásquez, Toledo Pimentel, Tapia, Palomyno , Ramírez de Velasco, Bocanegra, Pereyra, Tobar o la progenie de Baltasar Bonifacio, todos vecinos primeros que habían llegado desde Santiago del Estero, para fundar Salta en 1582, por orden de Felipe II.

Se aceptaron los pedidos del Artista y éste comenzó su trabajo. Ante la mirada de los presentes, dejó a un lado la corona de estrellas de oro y diamantes de la cabeza de la Virgen y la medialuna de plata donde María posaba sus plantas, entregó estos tesoros al Obispo, quien los guardó en un camarín creado ex profeso para esos fines en la Curia.

El Artista comenzó su labor. Durante días y noches se encerró en su taller. No salía ni para comer ni para beber, y, finalmente, ante los ojos azorados de los concurrentes, presentó su obra: el cuerpo articulado de María, un delicado cuerpecito movable que permitía que pudiera ser vestido con el boato real que las mujeres de Salta habían soñado y cosido durante semanas y meses.

Todo fue alegría en aquellos tiempos mientras los atuendos más lujosos se medían sobre el cuerpo maravilloso de la imagen. La fantasía de las damas que confeccionaban los vestidos no tenía límites, hicieron bordados que representaban estrellas, lunas, soles, ángeles, libros, llaves, santos, cálices, hostias, custodias, y mantos con incrustaciones de diamantitos, ópalos, turquesas, rubíes y zafiros. Hubo quienes se atrevieron a bordar con hilos de oro maíces, hojas de tabaco y cañas de azúcar, racimos de vides y olivos entrelazados, ornados por cóndores y vicuñas.

Pero la elección por parte de la Curia y los señores obispos y clérigos fue terminante, prefirieron los mantos sencillos de seda azul y blanca recamados en oro y la corona con esmeraldas, amatistas, turquesas y brillantes.

Esa fue la primera mutación de una Imagen Sagrada, la segunda fue presenciada por mí y aún permanece en mi alma el estupor de la escena. Si la primera fue un acomodamiento artístico, puramente estético, la segunda tuvo que ver con la política y el poder.

Ocurrió que los plateros de la ciudad, o sea los Artistas, manifestaron al Señor Obispo que deseaban fabricar una Cruz con rayos y

ángeles de plata para el Divino Cristo, que había llegado a Salta en 1592, obsequio del primer Obispo del Tucumán, Fray Francisco de Victoria, desde el puerto del Callao adonde había arribado, como otras Santas Imágenes de América, flotando sobre las olas del Pacífico y del mismo Mar Caribe, de manera misteriosa y que ocuparon sus retablos en el Cuzco, en Lima, en Santiago de Chile, Santiago de Cuba y Potosí. De este modo, la primitiva Cruz de madera sería reemplazada por una centelleante Cruz con filigranas y bajo-relieves, tallada por las mano maestra de los orfebres. Esa donación sería el tributo de los trabajadores de los metales preciosos, reunidos en el gremio de los plateros, que era uno de los más piadosos de la región, ya que tantas mercedes y promesas moldeaban para los devotos en las iglesias del Valle de Lerma y Calchaquíes. El Obispo aceptó maravillado la idea y durante meses los Artistas trabajaron sin descanso, de noche y de día. Hacían turnos para no demorar la valiosa tarea. Sin embargo, una gran tormenta y huracanados vientos que soplaron durante un mes y ocho días provocaron el desborde de ríos y arroyos hasta el punto de que Salta parecía un palafito de los primeros tiempos, donde nadie podía caminar por sus calles so pena de ser mordido por alguna serpiente venenosa que las hay y muchas entre las piedras y grietas de esta ciudad y comarcas aledañas; víboras como la mortífera yarará aparecían orondas y temibles en medio del lodo y la paja amontonada, en los umbrales de las casas, debajo de vigas y adobes. Las gentes no podían transitar y se quedaban encerradas en sus casas durante días y días, solamente se podía andar a caballo o en carruajes con el peligro de que aquellos reptiles mordieran y mataran a las pobres bestias. Esta fue la razón por la que los plateros no pudieron trabajar y continuar su labor. Así es como el pueblo comenzó a inquietarse por la tardanza y explotó una asonada. En la mismísima recova del cabildo se reunieron los señores importantes junto a toda la plebe, artesanos, campesinos, gauchos, indios y negros que clamaban por la Cruz del Señor.

La muchedumbre tenía mucho miedo y achacaba la situación apocalíptica de la ciudad a la tardanza de los plateros en cumplir el compromiso empeñado. Además temían que el castigo llegara bajo la forma de temblores y terremotos, como había ya acontecido en 1692, cuando se hundió Esteco y otras ciudades quedaron casi reducidas a escombros, pues, el Cristo del Milagro, llamado ya de esta manera, y como tantos otros del continente, que había llegado a estos suelos agitados, a través de las aguas del océano para calmar la ira de Dios y de la Madre Tierra, ante las tendencias mezquinas, sacrílegas y obscenas de sus pobladores, podía alejar su mano protectora y sumir a la región en el castigo.

El Obispo apareció junto al Gobernador en el balcón del Cabildo, cubierto por un paraguas amarillo y blanco, los colores vaticanos, portado por unos mulatos, y explicó a la multitud que pronto los trabajadores, servidores fieles de Dios, terminarían la bellísima cruz, pues todo aquello que desgraciadamente acontecía eran pruebas y exigencias divinas para que se mostrasen obedientes y fueran piadosos, que no desfallecieran ante la fe y que practicasen más que nunca la caridad. El Gobernador, por su parte, explicó que la situación se debía por cierto a los caprichos de la naturaleza y que el gremio de los plateros, tan querido e importante para todos, cumpliría su promesa cuanto antes, entonces la gobernación haría un gran desfile con carrozas y músicos para festejar el acontecimiento.

La gente se marchó conforme, pero su Excelencia Reverendísima, el Señor Obispo, sabía que la situación empeoraría, pues acaba de enterarse que los plateros no se habían percatado de que los brazos del Cristo no eran exactamente iguales a causa de la inflexión dolorosa que mostraban y habían calculado mal el tamaño de la Cruz, por lo que no uno de los miembros resultaba más largo que el otro y no había modo de colocarlo en la cruz de plata.

Durante noches de cavilaciones y puesto que los plateros no podía seguir fundiendo más metal y perdiendo más tiempo porque el pueblo estaba ya furioso y se preveían más levantamientos, ora con nefastas consecuencias y grandes convulsiones. Ante esto, Su Excelencia, el Señor Gobernador, convocó a sus consejeros, estos cuales atendieron la idea del y que era también de la refrenda del Señor Obispo.

En esos días, acababa de ocupar mi cargo como Auditor en el Consejo de Hacienda de la Gobernación y fui convocado para la delicada misión, lo que contribuyó a afirmar ante los demás la importante confianza que se me dispensaba.

Éramos unos pocos hombres que debíamos llevar al Cristo a la casa del Señor Gobernador donde se realizaría la metamorfosis, de manera secreta y cubierto con grandes cuidados para que ningún ojo indiscreto se percatara dello.

En una caja de nogal, bien sellada, partimos de la Iglesia Matriz sobre la Calle de la Victoria y cruzamos la plaza hasta la recova del Cabildo, seguimos por la Calle del Comercio hasta La Florida mientras un grupo dobló por la Calle de la Libertad para aparecer por la Calle del Orden para asistirnos y evitar a testigos impertinentes. Por fin llegamos a la residencia, atravesamos la profunda galería y arribamos a un gabinete iluminado por numerosas bujías. Se cerraron las puertas con candado y permanecemos de pie junto a los cortinajes de terciopelo mientras varios criados negros acomodaban al Cristo sobre una mesa también cubierta con terciopelo. Dos artesanos carpinteros sacaron serruchos y clavos. El



cuadro era de por sí conmovedor porque parecía una nueva crucifixión; pero lo que los maestros hicieron fue sencillamente aserrar con cuidado y con reverencia uno de los brazos del Cristo. La tarea fue muy lenta. Afuera comenzó a anochecer, se sucedieron horas y días de un modo vertiginoso, pasaron ejércitos, nacieron nuevas generaciones, otras murieron, se deshojaron los árboles, se desbordaron los ríos, hubo truenos y relámpagos, otros terremotos, todo en el mismo tiempo en que ocurría la operación.

Cuando los artesanos terminaron y suturaron el brazo con porcelana, lo pulieron y pintaron suavemente, toda la ciudad parecía haber cambiado.

Salimos casi viejos de ese gabinete. Todos habíamos encanecido y caminábamos encorvados. Su Excelencia el Señor Gobernador parecía ya marcharse de este mundo y nos despedimos mientras caían los marchitos pétalos de los rosales de la Curia.

El último relato que haré en relación con estas Imágenes Santas es más bien profano pues es una historia de amor narrada por mi padre y gente de su época pues ocurrió mucho antes de 1795, pues se asegura que esos hechos pasaron a pocos meses del horrible terremoto de 1692. Sus protagonistas fueron dos niñas que habían llegado a Salta desde Esteco, tristemente hundida por los sismos.

Estas niñas eran dos hermanitas muy discretas y cultas, hijas de un capitán y una importante señora, ambos peninsulares y distinguidos súbditos de Su Majestad, y quienes lamentablemente perecieron bajo los escombros de esa ciudad castigada. Los hermanos mayores de las niñas lograron salvarlas de entre las ruinas y, como a muchos otros, las subieron en las carretas que trajeron a los sobrevivientes hasta ésta.

Las jóvenes eran gemelas, pero por esos extraños caprichos de la Naturaleza poseían el mismo color de piel, entre lirio y trigo, el mismo color de pelo, como de miel de palo, pero sus rostros y cuerpos eran opuestos, tanto, como los caracteres y afectos que mostraban hacia las amistades y gentes en general.

Gertrudis era soñadora, tocaba el arpa y a veces cantaba como los ángeles; bella como una perla y blanca como el alabastro, tenía ojos verdes como esmeraldas y el cabello le caía en ondas sobre los hombros de nácar; su gracia y donaire cautivaban a todo aquel que la contemplara y oyera su voz de calandria. Sin embargo quienes admiraban tantas virtudes quedaban azorados ante la vista de la pequeña Genoveva, su hermana, que aparecía ante los desorientados espectadores con sus ojos cruzados, su figura un poco contrahecha y muy delgada, su carita de pájaro, pues la nariz afilada surgía entre unos ojuelos grises medio verdes y pequeños,

llevando el cabello recogido sin gracia, mientras la boca bastante grande dejaba entrever unos dientes muy desparejos.

Estas fueron las tangibles razones por las que se habló durante años en la ciudad de la bella Gertrudis y la fea Genoveva, quienes a pesar de las grandes diferencias entre ellas dos, se querían mucho. Durante las veladas, la bella hermana tocaba el arpa o la bandolina con sus largos y afinados dedos y cantaba con un gorjeo de oro, mientras la damita fea servía exquisitos manjares que había preparado con sus hábiles manos y atendía sonriente y solícita a los invitados, dejando boquiabiertos a cuanta señora o señor visitaba la casa por su don de gente y cortesía.

Pero un día aconteció un hecho fundamental en sus vidas, esos hechos que cambian el curso de los destinos o mejor dicho apresuran el derrotero del Hado, o, de acuerdo con el pensamiento cristiano, esos que cumplen los designios de Dios.

Lo cierto es que llegó a la hacienda de los Arias Núñez de Velásquez, que era el nombre ilustre de los hidalgos que habían adoptado a Gertrudis y Genoveva prácticamente como a hijas propias, el más apuesto y gentil hombre de la región, enviado por el mismísimo Felipe de Borbón como recaudador de impuestos pero también como importante Caballero a la Orden de Su Majestad. Gonzalo Mexía y Abreu tendría cerca de veinte y cinco años de edad, era alto, esbelto, de cutis trigueño y barba delicada, como de seda y avellanas. Cuando se lo presentaron a Gertrudis, fue solamente presentar dos miradas que parecían haberse buscado desde siempre. Gonzalo Mexía no esperó y, en seguida, solicitó la mano de Gertrudis a los padres adoptivos.

Durante los increíbles meses de la primavera de aquellos años, cuando los cerros se cubrían, y se cubren aún, por colibríes, mariposas y panales gigantescos, Gertrudis y Gonzalo paseaban por los alrededores vigilados de cerca por dos negras esclavas y cinco indios yanaconas con arcos y flechas para defenderlos, pues en ese marco idílico con nubes rosadas y fresca brisa, irrumpían a menudo las terribles arañas de las rocas, reptiles venenosos y mortales o pumas y yagaretés que habitaban las colinas y acechaban los rebaños y los puestos, pero lo más temible era, por supuesto, el ataque de indios indóciles que asediaban la ciudad y habían degollado en varias oportunidades a jóvenes españoles o criollos que habían salido desprevenidos por las sendas. En esos paseos, Gertrudis y Gonzalo departían felices y corrían y cantaban como niños. Las bodas se habían planeado para el otoño que es una estación más sosegada y placentera en estos valles, pues el verano agobia con su sol de fuego y los insectos que pululan impiadosos, pues las tierras se tornan cenagosas por la abundancia de tormentas, cargadas de electricidad en su mayoría y que asolan montes y caminos, transformando los arroyuelos en ríos y los ríos

prácticamente en mares. En tales preparativos estaban todos cuando Genoveva comenzó a bordar el ajuar de su hermana. Sus manos eran de hada, iban y venían por tules, rasos y terciopelos. Encorvada y pequeña, Genoveva, sintió durante una tarde agobiante de febrero, los ojos profundos de Gonzalo Mexía posados sobre sus pequeñas y hábiles manos y a partir de ese día no pudo seguir bordando.

Nadie supo qué ocurrió en el alma de la joven, porque comenzó a escribir con letra de gorrión cuartetas y redondillas, al principio ilegibles pero que poco a poco se convirtieron en sonetos con notable musicalidad y ritmo, acertada rima y contenido, tanto, que uno de sus hermanos los leyó orgulloso durante una reunión. Genoveva bajó los ojos avergonzada y se limitó a ofrecer lo que ella también sabía hacer de un modo magnífico: buñuelos de miel, alfajores, confites, chancaca, alfeñiques de caña, turrónes con vino oporto y compotas suntuosas con arrope de uva y azúcar quemada.

A algunas damas muy observadoras no les pasó inadvertida la constante afabilidad de Gonzalo para con Genoveva, pues éste la miraba, le hablaba con mucha delicadeza, la invitaba a sentarse y siempre le miraba las manos tan hacendosas, tan livianas, tan mágicas, y los ojos tristes que guardaban, parece, un profundo secreto que él quería adivinar. Además, permanecía pensativo, al borde de las lágrimas cuando se leían los poemas de ella, en cambio, cuando Gertrudis cantaba, sonreía alegre y aplaudía con ganas.

Esas veladas continuaron durante todo el mes de marzo, cuando los jóvenes cambiaron las alianzas de oro y Gertrudis recibió un solitario con zafiros engarzados en oro y platino que lucía espléndido en su delicado dedo anular.

Llegó por fin el mes de abril, el dispuesto para las bodas y llegaron el día y la hora del casamiento. La iglesia Matriz fue ornamentada para la ocasión con alfombras color carmesí, arreglos florales de jazmines que despendían su aroma voluptuoso, de rosas blancas y claveles colorados, mientras que desde los techos las arañas de cristal y bronce iluminaban con infinitas velas a la concurrencia. Los padrinos y el novio llegaron serenos y de pronto, cubierta con un velo de encajes, arribó Gertrudis. Todo era admiración ante la belleza y las joyas que lucía la novia. Los jóvenes se arrodillaron y el sacerdote comenzó la ceremonia. El aire todavía tibio del otoño entraba por las arcadas de los pórticos, y todos permanecían atentos a los gestos de los futuros esposos, pero frente a las preguntas del sacerdote, Gonzalo Mexía y Abreu se volvió y ante el estupor de los presentes, se dirigió hacia Genoveva que permanecía con los ojos bajos, se acercó a ella y le ofreció su brazo. Gonzalo tenía los ojos

húmedos y Genoveva lo miró transportada, como fuera de sí, y levantándose obediente de su asiento, aceptó el brazo de él.

–Esta es mi novia, Padre –dijo Gonzalo–. Con ella me casaré.

Y volviéndose hacia Gertrudis exclamó: –Perdón, querida amiga, perdón...

De este modo el Cruel Amor con toda su fuerza rompió el corazón de Gertrudis la bella que huyó de la iglesia envuelta en sollozos, en el mismo momento en que las madrinas y doncellas del cortejo se desmayaban. Hubo cuchicheos, comentarios, algunas expresiones de asombro, gritos ahogados y condenas, pero todo se atemperó ante la discreta sabiduría del Señor Cura que supo campear el temporal y, ante el hecho consumado, decidió casar a los recientes novios para evitar los desastres que podían causar las prórrogas temporales.

Genoveva, silenciosa y emocionada pero con una belleza radiante e inusitada, se acercó al altar del brazo de su Gonzalo que la miraba embelesado. Y se casaron. Sabemos que tuvieron muchos hijos, y que vivieron en paz entre los bordados, tejidos, poemas y dulces de Genoveva, convertida en una hermosa señora con el paso de los años.

Pero ustedes se preguntarán qué fue de la desdichada Gertrudis, aquella increíble criatura semejante a un arcángel. Ella encontró su camino, el camino reservado precisamente a los ángeles bellos, y se hizo Carmelita Descalza. A los pocos días de la boda de su querida hermana con el hombre amado, Gertrudis entró en el Convento de San Bernardo de las monjas del Carmelo y allí permaneció hasta su muerte acaecida un día que ella había esperado desde siempre y del cual solamente Dios tiene el recuerdo.

Así las artes poseen innumerables manifestaciones, como aquellas del Artista del retablo y la talla en madera, del pintor y el poeta, conmovidos por el Tiempo y lo Divino, hasta esa arte más recóndita, aunque no menos cierta y dolorosa que Ovidio describe en su *Ars Amandi* y el grande y magnífico Virgilio en sus *Églogas*, plenas de sufrimientos, pues el *Cruel Amor no se harta de lágrimas...* hasta vencer.



## LAS INICIALES

*Los últimos serán los primeros*  
*Mateo, 20-1-16*

Era un sol oblicuo sobre el agua. Un relámpago iluminó todo el cielo, un relámpago cóncavo, como si fuera una mano de fuego. La tormenta era inminente. Había que subir al bote rápido luego de esa excursión magnífica por las islas del río. Comenzó a llover sobre el espejo del agua. Había mucha gente que deseaba subir al bote. Una mujer se acercó, me indagó con la mirada y dijo algo en idioma (creo) eslavo. El hombre que la acompañaba también hablaba la misma lengua. Eran muy elegantes y parecían ricos. Había premura por abordar la barcaza. El muelle había quedado desierto. Detrás de la pareja llegaron unos jóvenes con ropa increíble, desaliñados y barbudos. Desde arriba una voz imperativa los llamó. Subieron apresurados.

La multitud parecía de épocas y lugares distintos.

Entonces la vi. No había nada singular en ella, salvo la apariencia juvenil.

–Van hacia un viaje definitivo –le dije–. Me miró asombrada y sonrió –Sí, hacia lo definitivo– me contestó.

Su timbre de voz era firme y a la vez agradable, aunque parecía hablar una lengua bastante distinta de la mía, pero si hacía un esfuerzo, podía entenderla, pues ahora es para mí más fácil comprenderlas a todas, desde el indómito griego hasta el generoso latín, el vigoroso italiano, los romances de España como el leonés, aragonés, castellano, asturiano, navarro, y los dialectos de la Provenza, tierra de poetas; hasta las lenguas de los bárbaros del norte me son familiares y aun del luminoso oriente, el hebreo y el árabe, y los remotos idiomas de los pueblos amarillos.

En ese momento reconocí a los hermanos Bello, habían sido tres, una mujer y dos varones. Aún me acuerdo de las pinturas con ribetes dorados que mostraban a los niños.

Tantos años, pensé. Ahora estaban ya los tres muertos. Después llegó gente poderosa, con pieles de armiño y anillos de oro y rubíes; vociferaban... Pasó un militar y luego un clérigo. Vi una nube color de rosa donde iba una anciana muy pálida y delgada, cuyo rostro parecía de cera y que nos saludaba, mejor dicho, saludaba con ternura a la joven desconocida que me miraba. Detrás de esa nube sonrosada y dulce, que portaba a la viejecita bondadosa que no pudo pasar el invierno, venían unos nubarrones como de tormenta, grises y negros. Hubo truenos y apareció una mujer rubia y flaca, de unos sesenta y tantos años, que miraba con desconfianza y amargura.

-La conozco... -dijo la joven-. La anciana dulce es Dionisia, mi tía, la segunda, en fin, mi piedad me impide nombrarla. De todos modos todos llegarán a las riberas celestes y se salvarán...

-Si la Justicia de Dios lo permite -contesté.

Me miró de reojo y dijo como si pensara en voz alta:

-La Justicia Divina es inconmensurable, es tan distinta de lo que nosotros entendemos por justicia.

Le dije:

-¿Por qué no pensar en el castigo, que todo esto es un castigo?

-Porque el castigo es parte de nuestro modo de ver el mundo. Dios siempre perdona

-O tal vez siempre castiga -dije.

-Hay un espacio inmenso entre Él y nosotros.

-Somos su imagen y semejanza.

-Pero no su conciencia.

-O sus sueños -dije. Había ido demasiado lejos. No podía regresar ya sobre mis palabras.

-Tal vez somos un sueño de Él -dijo ella sonriendo.

Entonces llegaron corriendo desde la ribera unos seres cubiertos por pieles y uniformes malolientes.

-Son Minos y sus sucesores, carceleros y torturadores -dije a mi compañera de viaje.

Una vez que pasó la turba, sobrevino una música inigualable. Y voces como susurros, después comitivas de luces con formas humanas que subía y bajaban por el aire.

-Aquel magnífico es el mismísimo Virgilio -exclamé.

-Aquellos son mis padres -dijo ella-. ¡Qué jóvenes y bellos! Más allá van mis abuelos, Juan, Lía, Víctor y Rosario. Mis padres están vestidos como actores de Hollywood, siempre tan elegantes. El que viene detrás es Juan Ángel, mi tío, son sus bigotes rubios y sus ojos celestes, siempre lo recuerdo a caballo entre los cañaverales del ingenio, con sombrero de Panamá y botas color cereza.

Me quedé pensando en esos nombres extraños y que no conocía: Hollywood... ¿qué era eso? De todos modos era un dato más en el idioma parecido al castellano que hablaba mi interlocutora, y que por momentos me costaba comprender, un castellano más fluido, muy alejado de las tonalidades de hierro y piedra de Castilla.

De pronto, en medio del grupo, se adelantó un anciano con bastón. Era ciego.

-Es Borges -dijo ella-. ¿Lo conoces?

-No -le contesté-. Tal vez sea un Homero de otros siglos.

-Pronto subiré la colina. Iré junto a las luces como los demás. Todos se salvan.

La misericordia es infinita.

-La misericordia infinita es una calificación nuestra, ¿por qué Dios habría de ser misericordioso?

La barca se hundía de su lado, tal como había pasado conmigo la primera vez. Ahora yo también era liviano como los otros.

-¿Qué haces? -pregunté.

-Escribo -dijo ella.

-¿Tú escribes?

-¿Te parece extraño?

-En mi época sólo a las hijas de príncipes, duque y condes les estaba permitido escribir. Las hijas de gentiles hombres y caballeros solamente leían como Gemma y mi madre Bella. Y en especial Ella, vestida de rojo como el fuego, Bice, Bice, vestida de fuego, como vi luego a María Santísima en su Rosa Mística. Bice leía en mi corazón... Pero, en fin, me dices que tú escribes... Perdón, ¿qué escribes?

-Novelas.

-¿Y eso qué es?

-Las novelas se escriben en prosa y narran historias de toda índole, hay novelas de acción, psicológicas, maravillosas, fantásticas, documentales, como la vida misma.

-¿Hay apólogos, episodios épicos?

-No exactamente, aunque hay novelas que imitan a las viejas novelas de caballerías que se escribían en Europa desde la Edad Media.

-En mi época, en la dulce Florencia hay quienes trataron de hacer algo semejante, pero los poetas provenzales se les adelantaron.

-Claro, el tono, la anécdota, la Dama, son elementos importantes en la novela. Es un género de la modernidad, como el drama, un tanto espurios, mezcla de epopeya y realidad cotidiana, de tragedia y comedia, como en Cervantes, como en Shakespeare.

-No los conocí, pero es como si los conociera -le dije-. Son inmortales, alternan la eternidad entre los magnos.

-Veo que eres poeta...

El barquero que guiaba la nave, nos miró intrigado. Luego se dirigió hacia nosotros. Increpó a mi compañera en un idioma extraño, como oriental, después en latín, en italiano y viendo que ella no comprendía, le gritó en castellano: -¡Baje, usted! -dijo imperativo.

-No lo haré -dijo ella.

-¡Baje! -gritó el marino.

-Por favor -intercedí- es un alma generosa.

–Está bien –dijo el otro, mientras miraba las iniciales D y A en mis guantes, bordadas amorosamente en oro y plata por las manos sublimes de Gemma –por esta vez pasa, es por ti que la dejo seguir.

El firmamento se había puesto rojo. Anunciaba tiempos aciagos, tal vez épocas violentas. Pasaron soldados con armas extrañas, pájaros de acero, enormes acorazados mientras una voz de mujer los arengaba. Era una orgullosa y marcial señora de pelo rubio y gesto agrio que comandaba las escuadras y las flotas.

–Es Margaret T., ministra de Gran Bretaña –dijo ella–. Más que una mujer, fue un hombre. En sus últimos años confundía la guerra de Bosnia con la guerra de Malvinas. Cometió crímenes de guerra y es responsable de miles de muertos. En su mansión, rodeada por pinares, decidió el exterminio de cientos de jóvenes soldados de mi país. A ella, tan poderosa, ¿qué podía interesarle la muerte de esos pobres muchachos argentinos, medio harapientos y muertos de hambre?

–Va hacia el círculo de los violentos, ahogados en sangre. Será condenada.

–¿Estás seguro? –dijo–. ¿Y si se arrepintió en su último momento?

–Entiendo, *Los últimos serán los primeros*, dice el Evangelio. Qué misterio la Justicia Divina.

–No es la misma vara –dijo ella, y cerró luego los ojos, como reconcentrada– pero estaba senil, se desplazaba por el limbo de los dementes, nada podía hacer ya, ni recordar, ni arrepentirse, bogaba sin conciencia en un lago sin tiempo y sin espacio.

–¡Bravo! –irrumpió un señor mayor, muy elegante y de facciones finas que permanecía callado y pensativo en el lado opuesto del bote –Mía cara alumna –dijo–. Ella lo miró y lo reconoció:

–¡Mi querido maestro Francesco Pagliaro! –exclamó y lo abrazó–. El anciano le acercó un libro: *Stromata* con su firma y la leyenda: *Ad maiorem Dei Gloriam* y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Vienen otros –comentó ella–. Los poetas Raúl Aráoz y Néstor Groppa, precedidos por Joaquín Giannuzzi, Carlos Giordano y mis maestras queridas, de literatura, Betty Galera y Fanny Osán, hermosas y lúcidas como siempre. Todos caminan guiados por Venus, el lucero de la tarde.

Miré a los demás, allí iban señoras severas con porte de reinas, algunas con bastones, otras con pelucas, envejecidas y dañadas por la vida, por el combate que habían llevado adelante durante tantos años. La más altiva, todavía hermosa, se me acercó y me mostró sus anillos y brazaletes de oro y brillantes:

–Nada sirve –me dijo.

Entonces un mendigo se le acercó y la ayudó a levantarse para mirar el horizonte pues la ciática la mantenía postrada. Ella lo miró sin comprender y le agradeció el auxilio.

-La acompañaré, señora -dijo el hombre- y se sentó a su lado mientras le ofrecía un manto oscuro y raído para que se cubriese pues la dama tenía frío.

El cielo cambió. Por la cima de las colinas, subía un resplandor. Era el sol del amanecer.

Un joven muy pobre y con muletas llevaba una rosa como ofrenda. Caminaba con gran dificultad.

-Recibirá su premio, tanto ha sufrido. Ahora será feliz -dije.

Más allá un puñado de ancianos luchaba por avanzar, iban semidesnudos, sus carnes se mecían flácidas, algunos lloraban, eran los que más habían resistido, los que más se habían aferrado a la vida, pero en vano, pues el término llegó finalmente.

Pequeños animales acompañaban el cortejo, los perros, los seres más fieles del mundo, y hasta esos breves y seductores felinos, los gatos, todos iban junto a las palomas, los leones, los elefantes, las liebres, las cebras, los insectos, los caballos, las ovejas, las cabras, las águilas, los osos, las nutrias, las ballenas en una procesión inacabable. Son espíritus leves, expliqué a mi amiga, son seres puros, sin mancha, son las llamadas bestias de la tierra.

-Todos subiremos por estos lugares -dije finalmente.

-Todos se salvan. Si no lo hacen retornan en cifras infinitas, en periplos nuevos y empujarán las mismas piedras como Sísifo, durante milenios, hasta que, por fin, laven sus culpas, y accederán a la Luz -dijo ella- Dios los perdonará, aunque cometan mil veces los mismos errores, porque es infinitamente bueno.

-O tal vez los mire -contesté- con algo de ternura pues contempla nuestros actos como los padres contemplan a sus niños pequeños que juegan.

-O peor todavía, nos contempla como a pequeñas e imbéciles criaturas que realizan acciones increíbles, seres estúpidos y caprichosos. Tal vez experimenta ternura, aunque no podemos conocer los sentimientos de Dios. O quizás nos considere como a débiles muñecos son vida aparente, bufones, títeres, eso, títeres, como el Golem, ese simulacro de barro que amasan los rabinos y que pretende comportarse como humano, pero que es profundamente idiota. Esa imperfección, esa falla que no es la totalidad y donde situamos nuestras pobres existencias, asciende y desciende según los grados de inteligencia y belleza. Lucifer, el más bello, el más inteligente de todos los ángeles, explotó en su propia perfección y comenzó a ser otra cosa, la fealdad más terrible y la idiotez



más notable, porque sin duda su inteligencia superior, llegada al término máximo comenzó a ser imbecilidad, o sea que es la más estúpida de todas las criaturas, y la más canalla. El ser de Dios es indescriptible, no cabe en palabras, ni en el entendimiento, por eso no es posible pensarlo en nuestros términos; lo que es excelso o intrascendente y nimio para nosotros, o la ternura, o el deseo, ¿qué son para El?

-Sólo puedo contemplar las luces -afirmé para atemperar tanta pasión-. Quise también decirle que estábamos en el paso previo al juicio definitivo, el que indicaría si esos seres accedían al Purgatorio o a la serenidad inefable del Paraíso con fuentes y arboledas, o si serían precipitadas a los abismos horrorosos del Infierno. Pensé que esa criatura no parecía haber estudiado con detenimiento a Santo Tomás. Pero cuando volví la mirada, ella ya no estaba. Se había ido, había descendido del bote.

Y sentí un vahído como la primera vez, pero no me desmayé.

\*\*\*\*\*

**LILIANA DEL CARMEN BELLONE.** (Argentina, 1954). Narradora, poeta, ensayista y crítica literaria. Profesora en Letras. Publicó más de una decena de libros, entre ellos, las novelas: *Augustus* (Premio Casa de las Américas de Cuba, 1993) y editada en La Habana, *Fragmentos de siglo* (1999), *Las viñas del amor* (2008) y *Eva Perón, alumna de Nervo* (2010) (Edición del Congreso de la Nación, Colección Bicentenario), además de libros de cuentos, poesía y teatro. En 2012 aparece la segunda edición de *Eva Perón, alumna de Nervo* en homenaje al 60 aniversario del fallecimiento de Evita. Publica textos literarios y críticos en la *Revista Casa de las Américas*, *René* de Buenos Aires y otras.